

## ▪ 7 ▪

# CRISTIANISMO NO DENOMINACIONAL— IMPIDE LA DIVISIÓN

J. N. Armstrong

Jesús nuestro Señor le dio al mundo el cristianismo, y se lo dio totalmente libre de denominacionalismo. Esta es una verdad que reconocen todos los estudiosos no parcializados de la Biblia. Mientras los cristianos se mantuvieron fieles a la guía del Espíritu Santo, ellos fueron libres de la tragedia del denominacionalismo, al ser «un corazón y un alma» (Hechos 4.32).

Por ese tiempo, todo cristiano que había en el mundo era uno con los demás, y la división era imposible. Todos hablaban las mismas verdades y estaban unidos en una misma mente y en un mismo parecer. Esposos y esposas, vecinos y amigos podían sentarse y referirse con absoluta libertad y agrado a cualquier aspecto de la enseñanza de nuestro Señor. Podían reunirse y adorar a Dios ante el mismo altar de nuestro Padre. Todos los hijos de Dios podían sentarse juntos alrededor de la mesa del Señor y participar simbólicamente del cuerpo de su Señor y beber la representación de la sangre de Éste. Los hijos de un matrimonio no tenían que decidir qué respuesta dar a la triste pregunta de si era a la iglesia de su padre o a la de su madre a la que debían pertenecer. No había sino una sola iglesia; la influencia del padre y de la madre era una sola fuerza unida que se manifestaba en el hogar para dar dirección a los hijos en el sentido de no ser más que cristianos. Jamás se refería alguno a la iglesia como «la iglesia de mamá», ni como «la iglesia de papá»; pues no había sino una sola iglesia en el mundo, y esa era la iglesia de Dios. Todo cristiano que había en el mundo pertenecía a ella. Ninguno decía: «Iré contigo a tu iglesia esta mañana, si vas conmigo a mi iglesia esta noche». Ningún esposo iba con su esposa a la iglesia de ella, para después ir a la de él. Tal clase de conversaciones y convenios eran completamente imposibles, por la sencilla razón de que los santos discípulos eran uno, sin divisiones

entre ellos. ¡Qué hermosa situación! ¿Habrá alguien a quien no le guste que tan hermosa armonía reine otra vez?

Especialmente, deberíamos desear que haya unidad porque es la voluntad de nuestro Dios que tal unidad reine nuevamente en Sus santos y porque nuestro bendito Señor oró tan fervientemente por ella. ¿Puede algún cristiano fiel tomar a la ligera algo tan bueno, algo por lo que el Maestro oró con tanto celo, y que tan claramente se requiere de todos los santos? No obstante, por más que deseemos este arreglo y situación mandados por Dios, jamás podrán ser realidad, mientras existan iglesias denominacionales. La pregunta básica es esta: «¿Preferimos las iglesias denominacionales a la iglesia de nuestro Señor?». ¿Preferiríamos tener lo que tenemos antes que tener a ese niño divino, nacido del cielo, el cristianismo, tal como apareció sobre la tierra en su estado de recién nacido?

Estoy convencido de que en el corazón de muchos hay anhelo por el artículo genuino y lo aceptarán; sin embargo, ¿cómo pueden *todos* los discípulos, *todos* los cristianos, ser uno como el Señor pidió en oración? Esto es algo que podemos lograr solamente por hacer la misma obra de que se habla en los anales divinos. Debemos dejar que esta obra sea nuestro modelo. Jesús no permitiría que se hiciera esta obra mientras los que la hicieran no fueran guiados por poder venido de lo alto. Era demasiado importante para dejarla en manos de simples mortales, sin la ayuda del Espíritu divino. Por lo tanto, Su mandamiento fue en el sentido de «esperar» y «quedarse», hasta que el poder viniera. Los discípulos podían haber establecido una obra sin esta ayuda de lo alto, del mismo modo que nosotros podríamos establecer nuestra propia obra. De hecho, podían haberlo hecho mejor que nosotros hoy día, porque habían estado en la escuela a los pies de nuestro Salvador por más de tres años. Si

había quienes podían haber emprendido esta gran obra sin ayuda alguna, ellos eran los que podían haberla emprendido. No obstante, a estos hombres, especialmente preparados por Él, el Señor no les permitió salir a trabajar sin una Guía infalible. ¡Cuánto más importante es que nosotros seamos guiados hoy día por la misma Guía infalible! De allí que Su obra se haya escrito para guía de nosotros. Se nos insta a no añadir ni a quitar de ella, con el fin de que seamos tan perfectamente guiados como ellos lo fueron. La obra que haga la iglesia de hoy día que no armonice con la obra que hizo el Espíritu Santo en los apóstoles del Nuevo Testamento, no se podrá considerar hecha bajo la guía del Espíritu Santo. Por el contrario, la obra que se haga hoy día que sí guarda armonía con los anales neotestamentarios estará infaliblemente guiada por el Espíritu de Dios y será, por lo tanto, no denominacional. Al ser la anterior la única manera de ser infaliblemente guiado por el Espíritu Santo hoy día, deseo recalcar una vez más la importancia de escudriñar la reunión llevada a cabo en Jerusalén, escudriñarla con el fin de que podamos entender plenamente la obra divina que es modelo para nosotros.

Que nadie se nos canse, pues, al repasar una vez más los anales. La vida eterna de alguna alma dependerá de este repaso. A los que de corazón creyeron, se compungieron y se angustiaron, en Jerusalén, el Espíritu Santo mandó que se arrepintieran y se bautizaran en el nombre de Jesucristo para perdón, o remisión, de los pecados. La anterior fue la secuencia que siguió el procedimiento de la obra del Espíritu Santo; de ello no hay duda. No podemos estar en desacuerdo con tales hechos y la secuencia en que sucedieron. Debemos estar de acuerdo también en que, en algún momento del proceso, el corazón de estos ansiosos halló consuelo en el perdón de los pecados. En otras palabras, ellos primero supieron ciertísimamente que Dios había hecho a Jesús Señor y Cristo, después se les dijo que se arrepintieran, y por último fueron bautizados para perdón de los pecados; y en algún momento de estos actos de obediencia, fueron perdonados.

Según la traducción Reina-Valera, de la enseñanza del Espíritu, esto fue lo que dijo Pedro: «Bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2.38). La pregunta que se plantea es esta: ¿Fueron salvos antes del bautismo o después de este? Todo depende del significado de la pequeña palabra «para». Si esta palabra significa lo mismo que la

preposición «a» en la frase que dice: «Hijo, vé al pueblo a recoger el correo», entonces no hay duda de que no fueron salvos antes del bautismo, sino que se les mandó bautizarse para recibir remisión de pecados. Si hemos de examinar todas las posibilidades, debemos entonces considerar si el «para» del discurso de Pedro puede significar lo mismo que la palabra «por»<sup>1</sup> en las siguientes oraciones:

Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne (Efesios 5.31).

Por causa del Señor someteos a toda institución humana (1<sup>era</sup> Pedro 2.13a).

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (Mateo 5.10a).

Si el anterior fue el significado que dio a entender Pedro al usar la palabra «para», entonces fueron salvos antes del bautismo los tres mil que obedientemente respondieron a la enseñanza que dio el Espíritu Santo el día de Pentecostés. En otras palabras, la preposición «para» significa unas veces «recibir», y otras veces «por causa de». Todo estudiante imparcial estará presto a reconocer verdades; jamás pierde al actuar así, más bien siempre gana. ¿Cuál palabra usó Pedro: una que significaba «para» o una que significaba «por»? ¿Qué quiso dar a entender Pedro al usar la palabra que se tradujo por «para» en la versión Reina-Valera?

Pedro habló en griego, y la pequeña palabra que se traduce por «para» en la versión mencionada es *eis*. Ahora, si esta pequeña palabra tuviera los significados «para» y «por» —concretamente, uno que mira hacia adelante, y otro que mira hacia atrás— entonces «para» sería una buena traducción de la palabra griega. No obstante, si en una traducción resulta que la palabra griega que se usó sólo tiene uno de los significados anteriores, entonces no es una buena traducción, sino que parece habersele dado un significado con el propósito de confundir al lector. Al investigar más profundamente, se descubre que el significado retrospectivo «por» no se encuentra en la palabra griega; no mira hacia atrás. En otras palabras, *eis* jamás significa «por causa de». Ningún griego usó jamás la palabra que Pedro usó, con un significado retrospectivo.

Cuando dos comités, uno estadounidense y

<sup>1</sup> N. del T.: En la traducción King James, que usa el autor, se usa «for», que a veces equivale a la palabra española «para», y a veces a la palabra «por».

otro inglés, comenzaron la obra que dio como resultado la Versión Revisada Estándar,<sup>2</sup> se llegó a un acuerdo. Decidieron que no cambiarían la traducción King James, excepto en aquellos versículos, en los cuales el griego original, obligara a un cambio; y en este caso el cambio se haría solamente si dos terceras partes del comité decían que la traducción original requería un cambio. Guiados por este acuerdo, hicieron su obra de revisión. Cuando llegaron a la palabra «para» de Hechos 2.38, la cambiaron por la palabra «hacia».<sup>3</sup> En lugar de hacer este comité que Pedro dijera: «Bautícese cada uno por» la remisión de los pecados, lo hicieron decir: «Bautícese cada uno hacia» la remisión. Al hacer esto, eliminaron de la

---

<sup>2</sup> La American Standard Version.

<sup>3</sup> Inglés: «unto».

palabra «para» el posible significado «por causa de». Tuvieron que hacer esto con el fin de producir una verdadera traducción: La palabra «hacia» jamás mira hacia atrás, sino que siempre hacia delante, tal como lo hace la palabra griega que usó Pedro.

La palabra que usó Pedro, o más bien el Espíritu Santo, *eis*, siempre sigue a una expresión que indica o da la idea de acción, y esta acción lanza el objeto en cuestión «hacia» el estado o situación que indica el propósito controlado por *eis*. En vista de que es cierto que la palabra usada por Pedro jamás significa «por causa de», sino que siempre mira hacia delante, irrefutablemente sigue que los que fueron bautizados el día de Pentecostés, vinieron hacia la remisión de los pecados cuando fueron bautizados —y no antes. Habría sido imposible bautizarlos «hacia» el perdón si hubieran entrado en posesión de la remisión antes del bautismo. ■